

cer en el mismo paquete un condensado de la mejor crítica sobre el *Poema de mio Cidy*, al mismo tiempo, la pertinencia y la economía que un lector moderno necesita para no caer a mitad de la jornada y tampoco perderse, entre las muchas notas, el mensaje de conmovedora y profunda humanidad que mantiene vivo a este magnífico cantar de gesta castellano.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

JAVIER DOMÍNGUEZ-GARCÍA, *De apóstol Matamoros a Yllapa Mataindios: dogmas e ideologías medievales en el (des)cubrimiento de América*. Universidad, Salamanca, 2008.

Apenas hace falta advertir sobre la magnitud y trascendencia del fenómeno santiaguista en la cultura hispánica, a tal punto que, como afirma el autor al comienzo del texto, el símbolo de Santiago Apóstol es “esencialmente proteico y poliédrico, polisemántico y maleable; producto material de la Historia constantemente marcada por sus diferentes proyectos nacionales, los cuales ponen en evidencia los mecanismos de una nacionalización del pasado llevada a cabo mediante la inserción de paréntesis históricos, en donde la regeneración de los símbolos sacros fundacionales ha ido, mano a mano, con las correspondientes agendas del discurso hegemónico en cuestión” (pp. 24-25). A partir de esta premisa, el autor elabora una tesis central que muestra, en muy buena hora, la temporalidad (como sinónimo de cambio y diversidad) del símbolo santiaguista en relación con los constantes desplazamientos de la identidad hispana. En su conjunto, el texto ofrece un puntual y riguroso estudio científico que viene a llenar un vacío en el terreno relativo al conocimiento de la transculturación y resemantización del fenómeno jacobeo en América Latina.

La obra se organiza en ocho capítulos, más uno final a modo de conclusiones. El autor ha añadido además un interesante prefacio (“Flores para Matamoros”) en el que expone –algo no excesivamente habitual en nuestro país, pero sí muy de agradecer en aras de la claridad expositiva– aspectos fundamentales que complementan la tesis expuesta a lo largo del libro, y que a su vez ayudan a comprender el contexto histórico y social en el que surge la obra, su plena vigencia, el proceso creativo y la curiosidad intelectual que han llevado al autor a abordar la investigación tratada. El tema del libro –el trasvase de la figura simbólica de Santiago Matamoros desde España hacia América, su reconfiguración y adaptación al nuevo contexto sociocultural, y su papel como elemento central en la creación de las nuevas

identidades étnicas aparecidas durante y tras el período colonial— se contextualiza y pone al día gracias a lo expresado por el autor en el prefacio, donde se recogen noticias de prensa, discursos de personajes, debates intelectuales (y otros menos intelectuales) y comentarios de actualidad —el autor, en ocasiones, hace uso de una acertada ironía que el lector agradece. En las últimas páginas de este prefacio se pone de manifiesto, de la misma forma y con la misma significación con que lo hacía durante los períodos medieval y colonial —estudiados ambos por el autor—, el papel fundamental que, para grandes sectores de la sociedad hispana trasatlántica, desempeña la figura de Santiago Apóstol en la configuración actual de la identidad hispana (a la que el autor se refiere como “imaginario social o colectivo, aunque nunca solipsista ni inocuo”).

Los capítulos siguientes están dedicados a exponer el proceso histórico de configuración del símbolo jacobeo y su trasvase desde el contexto medieval hispano hasta el ámbito colonial americano. La parte final del libro aborda el papel del símbolo en las confrontaciones identitarias del presente y el cambio radical de significación que finalmente acaba por experimentar, pasando de ser un símbolo de lo hispano colonial a ser considerado “como propio por el elemento indígena autóctono”.

Las pautas y aproximaciones metodológicas que exponen la tesis y el tema del libro abordan el papel de los símbolos fundacionales, considerados como sagrados, en la configuración de las identidades. Expone magistralmente el autor que la identidad, más allá de su pura funcionalidad política, es un fenómeno cultural, es decir, considera los distintos procesos de creación y apropiación de los símbolos identitarios no sólo como acciones encaminadas a la obtención del poder en el juego de las luchas ideológicas —la hegemonía—, sino como expresiones de una estructura cultural más compleja, como es la identidad grupal nacional, que afecta de lleno a dominios cognitivos como las creencias, el simbolismo, la lengua o los rituales. Con este método, el autor muestra cómo los símbolos, más allá de ser inmutables e intemporales, son reconfigurables, polisemánticos y apropiables constantemente, pudiendo, en una curiosa pirueta histórica, ser reclamada su propiedad por parte de aquellos contra los que, inicialmente, surgieron —como los indígenas americanos en el caso del fenómeno colonial santiaguista investigado por el autor.

En el primer capítulo (“Contextualización y pautas del análisis metodológico”), el autor ofrece, en primer lugar, una contextualización metodológica. Sin ser ajeno a la complejidad y lo polémico del tema tratado —que el autor presenta como provocativo y estimulante—, expone de un modo claro y justificado su posicionamiento teórico, así como las hermenéuticas conceptuales y analíticas utilizadas a lo largo de su estudio sobre las mentalidades y los procesos de cons-

trucción de las identidades. Con estilo impecable y bien fundado, diluye su discurso a lo largo del texto sobre la base de pulir los conceptos clave que se manejarán en el original, construyendo así un equilibrado edificio teórico apoyado en sólidas bases conceptuales. Es de destacar, también, la excelente exposición histórica hecha por el autor, siempre de la mano de una bibliografía bien seleccionada.

En el segundo capítulo se trata el surgimiento del símbolo en España en el contexto de la Reconquista, y a este respecto el autor se encarga, con precisión y sustentado por las imprescindibles fuentes documentales consultadas, de desentrañar la génesis y arqueología del símbolo, así como su paulatina adaptación a las condiciones políticas y culturales concretas del período medieval hispano, caracterizado por el enfrentamiento entre dos concepciones del mundo antagónicas: cristianismo e islam. Escudriña también el autor, en este magnífico y entretenido capítulo, las fuentes documentales, por medio de las cuales narra al lector la evolución del símbolo jacobeo, el cambio de significación que supone su transformación de peregrino en matamoros y, finalmente, su apropiación en aras de una naciente identidad hispana.

En la segunda parte de la obra el autor analiza la figura del apóstol, esta vez en un nuevo contexto, al que lo ha llevado la expansión española: América. Nuevamente, echando mano de las fuentes, el autor narra cómo el santo es llevado simbólicamente a tierras americanas durante la conquista y cómo, otra vez, sus significaciones son reconfiguradas para hacer frente a nuevas concepciones de la alteridad: el amerindio. Finalmente, en la tercera y última parte, en absoluto menor en interés a las otras dos, “se analiza el símbolo jacobeo desde la perspectiva de la dialéctica identitaria, al ser objeto de un permanente intento de apropiación por parte de dos grupos enfrentados: el elemento criollo y el indígena”. Estos tres estadios por los que, con gran acierto, expone el autor que ha pasado el símbolo jacobeo –matamoros medieval, mataindios colonial y defensor de los indios en tiempos recientes– son, sin duda, una de las grandes aportaciones de la obra, pues ofrece una perspectiva decididamente innovadora y científica.

Estructuralmente, el mayor logro del trabajo es la ordenación y equilibrio de la materia medieval, colonial y contemporánea. Del conjunto de una obra tan imprescindible como oportuna, es difícil poner de relieve alguno de sus temas; empero, resaltaría (más allá de la oportuna integración bajo un discurso unitario de las realidades y manifestaciones jacobeanas en relación con la construcción cultural de la identidad hispánica), las páginas y argumentos dedicados a la comprensión del cambio social, la permeabilidad cultural y las representaciones históricas que oportunamente sirven para revelar, lúcidamente y a un amplio espectro de lectores, los mecanismos

y engranajes culturales ocultos detrás de las identidades y orgullos nacionales. El resultado de este admirable logro científico se traduce en una esclarecedora y amena comprensión del tema tratado, que nos invita a reflexionar sobre las herencias recibidas de modo que podamos plantearnos la contingencia de contribuir a crear ideologías y conceptos identitarios alternativos.

Bien es sabido, por los que nos dedicamos al estudio y comprensión de lo simbólico, que el estudio de los mitos y los símbolos es un campo minado de dificultades que no es posible tratar desde un solo punto de vista. He aquí, sin lugar a dudas, la contribución metodológica más notable del autor: un estudio de carácter interdisciplinario que transcurre de una manera muy sutil por los campos de la hermenéutica científica, apoyando sus argumentos sobre las bases científicas del materialismo cultural y fenomenología de las religiones. Esta aproximación permite al autor llamar a las cosas por su nombre, guardando no pocas agradables sorpresas, con la intención de mostrar la transculturación de la materia jacobea desde campos tan diferentes como la historia, la literatura, la política, la cultura popular y la religión. No me sorprende, pues, que una obra equilibrada como ésta no pierda el rigor académico y cultive en sus argumentos una autoconciencia reflexiva sobre el enfoque del método interdisciplinario (la cual sirve a la organización de los datos y regulación de los análisis particulares del temario santiaguista), rastreando, en sus particularidades, su perspectiva de universalidad.

El texto constituye una profunda reflexión sobre un aspecto central en la investigación social contemporánea: el papel que desempeñan las identidades y manifestaciones simbólicas. El tratamiento del tema aúna indiscutiblemente la mezcla justa de erudición y claridad expositiva, de capacidad analítica y sintética. Acierta el autor en formular, primero, su posicionamiento teórico y metodológico para, después, abordar el estudio –y, lo que es más importante, la exposición sucinta– de la evolución histórica del símbolo jacobeo. Consciente de la imposibilidad de entender un fenómeno de actualidad –como es el de la identidad hispana, en constante reformulación–, sin atender a su génesis y evolución, el autor analiza el carácter procesual del símbolo jacobeo, puesto que su génesis se dilata a lo largo del tiempo y su análisis, diacrónico (y sincrónico en ocasiones) por necesidad, ayuda y se convierte en elemento imprescindible para su comprensión como fenómeno actual.

Siendo muy numerosas las referencias bibliográficas existentes sobre la figura del apóstol Santiago, no lo son ciertamente las obras que analizan su función en la conquista americana y, mucho menos, las que investigan su papel central en la configuración de las identidades indígena y colonial. Por este motivo, es de agradecer la aparición de obras como las de Javier Domínguez-García, que contribuyen

a ensanchar el panorama científico y, más expresamente, su clara vocación didáctica, pues a lo largo del libro es constante su interés por dirigirse a un público amplio, esto es, en ningún caso circunscribirse a los círculos académicos.

Pese a la complejidad del tema tratado –que podría ocupar un volumen muchísimo más amplio, aunque menos ameno–, es de agradecer el esfuerzo del autor por condensar al máximo su discurso expositivo, lo que no reduce, en absoluto, la validez de su trabajo. De igual modo, tampoco se resiente la claridad en la exposición, acertada tanto desde el punto de vista del contenido como del puramente formal. El lenguaje es en todo momento apropiado; destaca el esfuerzo del autor por aclarar y explicar conceptos que, por su compleja significación teórica, no son siempre accesibles para el gran público. La presentación de las ideas y contenidos expuestos sigue en todo momento un orden lógico, racional y coherente, atendiendo al esquema contexto-desarrollo-conclusión, lo que permite al lector estar atento en todo momento a la narración discursiva, comprenderla y asimilarla. Los argumentos del autor entretejen un análisis que, disimulando (acertadamente) su rigor científico, muestra, explica y escudriña los mecanismos ideológicos implícitos en este constructo cultural y social, no sólo desde afuera y desde arriba (como suele suceder con demasiados textos académicos), sino primordialmente desde adentro y desde abajo, con la intención de atraer a un público más amplio. Me encuentro, pues, obligado a elogiar la prosa clara y vivaz del autor que, sin lugar a dudas, garantiza una amplia divulgación del libro.

Llegado al final de la obra, el autor vuelve a matizar sus críticas a una visión lineal de la identidad cultural, traducida, como oportunamente señala, “en idealización y mitificación de un conjunto de paradigmas hispanos que se alzan, una vez más y en la entrada de este tercer milenio, como banderas de discordias”. El autor deja claro que Santiago “no es únicamente manifestación antonomástica de la identidad hispana, sino recíprocamente artífice, sumario y germen de su realidad histórica”. Y, en una reflexión final, el texto deja en manos del lector la meditación sobre el símbolo de Santiago y su esencia como pilar del imaginario hispánico, invitándonos a dialogar con el texto al plantearnos una serie de preguntas que son las de todos aquellos ciudadanos preocupados por la realidad actual, “en un momento histórico en que las heridas cicatrizadas de nuestra historia vuelven a abrirse y el enfrentamiento entre el españolismo, el relativismo, el Estado aconfesional, lo neo-barroco, las nacionalidades periféricas y las comunidades islámicas nos retrotrae a épocas que creíamos, por bien o por mal, extintas”.

ÁLVARO CRUZ GARCÍA  
Universidad Complutense de Madrid